

LOS CRANEOS DEFORMADOS

Por AGUSTIN, CONDE DE FOXA



Esta «vincha», nos dice el director, servía para vendar los cráneos de los recién nacidos y producir sus espantosas deformaciones.

En el estante hay una serie de calaveras alucinantes, en forma aplastada, como un cofre, crecidas por un solo lado, con silueta de pilón de azúcar. Porque hasta doce deformaciones diferentes ha clasificado el doctor Gorsse.

Estamos en la sala «incaica» del Museo de La Plata. Y horrorizan, peladas y sangrientas, las cabezas de los hombres plásticos, mostrando las alteraciones brutales en sus órganos, producidas por las tabletas opresoras y por sus crueles vendajes y turbantes.

Los incas, que ignoraron el alfabeto, ¿pretendieron moldear al pensamiento? ¿Intentaron—caso único en la cultura humana—llegar a la creación de nuevos individuos, al polimorfismo como hacen las hormigas o las abejas, renunciando a la máquina?

Precusores bárbaros de Lombroso, ¿acaso sabían oprimir el lóbulo donde está el crimen, suavizar la circunvolución de la guerra o hacer florecer, bajo la amplia bóveda de un cráneo ensanchado, las más extravagantes flores del espíritu?

En todo caso, ¡qué horripilante esa niñez con el cerebro atado, esa fantasía con bridas! ¡Qué lúgubre el sueño de ese alto cerebro, como una torre abandonada, por donde entran las más extrañas aves nocturnas de la imaginación! ¿Qué pensaría esta cabeza aplastada como la de un reptil, o esa otra sólo crecida por un lado, con media cara de hombre y otra de bestia mortecina? Contemplándolas, recordaba la escalofriante colección de Cuzco, también visitada el año pasado, entre los «keros» de madera en rojo y negro de los «quéchuas», los «pututos», las grandes cucharas en «champí» de los incas, y aquellas momias acurrucadas en tela de saco y con un grito, que no se oía, en el agujero de sus bocas momificadas.

Muchas culturas americanas, precolombinas, deformaron los cráneos y todavía los indios «campas», del Ecuador, y los «jíbaros» reducen las cabezas del enemigo al tamaño de un puño deshuesándolas y ajustando aquella triste máscara, endurecida con nicotina, a piedras de tamaños decrecientes, hasta rellenarlas de arena. Conservan las facciones reducidas merced a «yugos» desconocidos y a ácidos de hormigas. Durante meses ayunan, bajo el palo que sujeta a la cabeza enana con sus facciones milagrosamente en miniatura, al borde de los anchos ríos.

En la bella Arequipa (toda morada de «bugambilla», cuyo cielo es el más azul y diáfano de la tierra, con sus picaflores llamados «santarrositas», que van de rosa a rosa con vuelo de insectos, vi también las cabezas, fabulosamente puntiagudas, de los viejos indios nacidos bajo el nevado y rojizo «Misti», y que, por motivos religiosos, dieron a sus cráneos la forma del volcán.

¿Lograron así fabricar sacerdotes y guerreros o acaso esclavos, diabólicamente embrutecidos, para que no sintieran el dolor de su servidumbre y fueran bestias mansas sin ninguna rebeldía?

—No se sabe—me contesta el director—, pero en todo caso pasma pensar que la Humanidad haya llegado a estas atrocidades.

—¿Opina usted—le respondo—que estamos tan lejos de ellas? No lo crea. Nuestra humanitaria civilización también deforma los cráneos, pero lo hace desde dentro. No coloca unas tabillitas en los tiernos parietales del recién nacido, pero apenas ha comenzado a discurrir, ya trata de deformarlo.

Nuestros cráneos, por dentro, también están aplastados como cofres, crecidos de un solo lado en forma de volcán o pilón de azúcar.

Los grandes «trusts» periodísticos nos vendan las meninges, la «radio» nos oprime el cerebro, las empresas de «cine» nos sofocan el lóbulo de la fantasía.

«Contra el cuerpo, la violencia física—ha dicho un político ruso—; contra el alma, la mentira.»

Y un filósofo centroeuropeo ha completado la frase: «Una mentira, repetida varias veces, se convierte en verdad».

Quien posee actualmente la fuerza es el dueño de la propaganda, Señor del Adjetivo. Y el epíteto es todo. Un filósofo chino afirmaba: «Si matas a un hombre, no ha sucedido nada. Si alguien te llama asesino, entonces has cometido el asesinato».

Es inútil que en un país una horda enfurecida cuelgue de los faroles a toda una clase dirigente si el Dueño del Adjetivo ha resuelto que esa nación sea un modelo de democracia. No interesa que un gobernante dicte las más justas leyes si el Dueño del Adjetivo ha ordenado que se le llame «tirano».

El Dueño del Adjetivo determina quiénes son héroes, aunque a sus pies humeen las ciudades, y quiénes criminales.

En toda una guerra civil no ha habido más que un muerto: el que interesa al Dueño del Adjetivo.

Los crímenes, cuando conviene, son «justicia» del pueblo. Los juicios más legales de un Estado con el que no se simpatiza, se denominan asesinatos.

A capricho del Dueño del Adjetivo, los heroicos «guerrilleros» se transforman en «bandoleros». ¡Desgraciado del que en una guerra es calificado por el de «rebeldes»!

¿Feliz al que se llame «leal», aunque sus manos chorreen sangre?

Sí, mi querido director, nuestra civilización ya no tiene salida, porque juega con la Verdad.

Estos pobres indios deformados eran unos cuantos cientos de unas reducidas regiones. Pero ahora andan millones y millones de hombres con el cráneo vendado.

Si se pudiera radiografiar el pensamiento, usted se quedaría aterrado al ver el desfile de los achatados como maletas, puntiagudos como volcanes, abultados como capacetes, que desfilarían ante usted dispuestos a votar en nombre de la opinión pública.

Los «quéchuas» deformaban el cráneo, es decir, la cáscara del pensamiento. Nuestro gusano corroe la carne, la pulpa jugosa. Este gusano se llama la Mentira.

La crónica del corresponsal de «Arriba», de Madrid, Iñigo de Santiago, ha referido los éxitos de Agustín de Foxá en la vida social y cultural de Buenos Aires, donde el ilustre escritor ejerce su función de primer secretario en la Embajada de España. Sin embargo, el Conde de Foxá parece poseer el don de la ubicuidad, puesto que su vivir transcurre tanto en Madrid como en la capital argentina. Durante su última estancia en Madrid, Foxá ha leído en el Instituto de Cultura Hispánica, en presencia de una selecta concurrencia, integrada por diplomáticos, escritores y artistas, su drama «El perro de Montserrat». A esta lectura corresponde el reportaje gráfico que ofrecemos en estas páginas. Asimismo reproducimos su artículo «Los cráneos deformados», al que ha sido otorgado el valioso premio periodístico Mariano de Cavia 1948, del diario madrileño «A. B. C.».



FOXA LEE "EL PERRO DE MONTSERRAT"

La idea de mi drama religioso, todavía con título provisional (no sé si llamarlo «El perro de Montserrat», concretamente, o dejarlo en una penumbra entre monstruo, oso o fiera), se la debo inicialmente a mi padre. Aunque nacido en Madrid, mi primera infancia está llena de resonancias catalanas. Mi padre era originario de Gerona. Allí hoy un pueblo, cerca de Torroella de Montgrí, que se llama Foxá y donde está el castillo de mi familia. Hubo un antepasado mío, Jofre de Foxá, que fué acaso el primer preceptista de la Península. Es del siglo XIII y escribió «Las reglas de trovar». He oído contar a mi padre la leyenda del Comte Arnau, que galopa incansablemente hasta la consumación de los siglos; y esta leyenda de Fray Juan Garín, o Garí, una de las más dramáticas y poéticas de Cataluña.

Esta leyenda se reavivó para mí en el Uruguay, en las tertulias que mantenía en Montevideo con mi compañero de carrera y de letras Ernesto La Orden, autor de tres bellos cantos sobre Garín. Mis

reminiscencias infantiles, refrescadas por el poema de Ernesto, y unos cuantos noticias sacadas del Espasa (supongo que muy ayudado por el misterio de mi sangre catalana) son los antecedentes de origen de mi poema dramático-religioso. Sé por José María Cossío que el Duque de Rivas y Zorrilla trataron este asunto. Emilio García Gómez ha encontrado también sus antecedentes árabes. Existe el magnífico poema de Segarra, empapado en cultura pirenaica; y sé que también se escribió una ópera, donde hoy una célebre sardana, con música de Bretón. Ya he modificado bastante la leyenda original para darle un desenlace más teatral. Puedo decir que el tercer acto es de pura invención. En esencia, el argumento es el siguiente:

Fray Juan Garín vive solo en una gruta de Montserrat. Y, tentado por el demonio, desciende a Barcelona, donde rapta a Richilda, hija del Conde Wilfredo. Al pecado se añade el crimen, pues horriporado por su culpa y combatido por los celos y la desesperación, la asesina

y la enterra en la gruta. Garín emprende un viaje a Roma para solicitar del Papa el perdón de sus pecados. El Papa Juan le dice en mi drama:

Desde esta ciudad de Roma tendrás que volver a España como las bestias del campo y sin alzar la mirada. Hasta que un recién nacido de «ché su lengua untada arite con voz nunca oída que el perdón lavó tu mancha.

El nervio del drama reside en esta animación progresiva de Fray Garín, que en los siete años que emplea desde Roma a Cataluña, viviendo entre las bestias y andando a cuatro patas, siente que se va oscureciendo su entendimiento y que apenas brilla su antigua alma de hombre.

Siento que me voy hundiendo en lo animal y que extraño

las fuerzas que no sentí nunca enfreñen mis entrañas. Ya no sé cómo es el cielo ni sus estrellas lejanas que nunca fué de los brutos la bóveda contemplada.

¡Oh! Inmortales son las bestias porque no saben que acaban. Cual los ángeles no mueren y el pecado no las mancha. Su vejez es un consorcio cual si de lejos llegaran. Su muerte un dulce crepúsculo o una noche no estrellada. Alegres, sin alma ardiente corren, galopan, al alba, y como nada recuerdan nacen con cada mañana.

Y Garín se lamenta del terrible destino humano.

¿Hay algo más miserable que la condición humana? ¿El sentir vientos eternos un cuerpo que se agusana?

De este monólogo, que pudiera denominarse «El canto a la bestia», es del que estoy más satisfecho y el que he hecho con más entusiasmo. Toda la obra está escrita en romances octosílabos, como los anteriores, que, si bien le dan cierta monotonía, en cambio la impregnan de un ritmo arcaico.

En la leyenda primitiva el perro o monstruo Garín anda por debajo de las mesas en la fiesta popular de un bautizo, cuando el niño recién nacido le grita: «¡Levántate, Juan Garín, pues tus pecados han sido perdonados.» He transformado este pasaje, haciendo que el perdón de la terrible penitencia coincida con la boda de Armengol de Urgel (personaje totalmente inventado) con Florinda de Barcelona, también creada por mí, hermana menor de Riquilda y envidiosa de su hermosura, que con saña persigue hasta sus más tiernos recuerdos—sus muñecas, sus

trajes—, porque teme que todavía aliente la hermosa y pálida degollada en el alma de Armengol. En esta boda, bendecida por el Abad de Montserrat, es donde un niño, en los brazos de su madre, entre la gente del pueblo que contempla el cortejo nupcial, anuncia a Garín el fin de su penitencia. Acaso el momento más emocionante del drama sea cuando aquella pobre bestia recupera la hermosa posición vertical y grita:

¡Oh! Gracias, Señor del cielo pues puedo mirar tu cara.

Y cuando, confesado su crimen, va a ser muerto a espada por el enturecido padre de Riquilda y con puñal de caza por Armengol, Garín, sólo atento a la Gracia que ya refresca su alma atormentada, y alegre por haberse evadido de la innoble posición de cuadrúpedo, exclama:

¡Quien asesinó a Riquilda soy yo; sacad las espadas y muera aquí Juan Garín ¡pero con figura humana!